

hacia París, comenzada en San Quintín, se ha ido verificando. En vez de marchar, cual en las maniobras, las tropas que atacan de frente contra las tropas que resisten, el ejército alemán ha avanzado en medio de una valla formada, a su izquierda, por los ingleses, y a su derecha, por los franceses, a lo largo de las márgenes del Oise. Al llegar ante Compiègne, para permitir un movimiento de los franceses, que debía, sin duda, preparar la batalla del 7 en Meaux, los ingleses atacaron a los alemanes, cortándoles momentáneamente el paso. Luego las tres columnas ya no han podido emprender de nuevo la marcha hacia el Sudeste.

¿Hasta cuándo permanecerán así esos tres ejércitos de los tres más grandes países del Occidente? Nadie lo sabe. Pero lo que todos comienzan ya a comprender es que el catalán Joffre, más frío que sus aliados los ingleses, más metódico que sus enemigos los prusianos, no es de los que caminan a ciegas. Por lo pronto, su última maniobra, después de la batalla de Meaux, parece haber salvado a París del peligro de un sitio o de un asalto. Los germanos, fatigados, se recogen, esperan tal vez refuerzos, tratan de repararse de sus fatigas y confiesan ya que sus pérdidas han sido enormes. Los franceses, sin hablar de su último triunfo, declaran que sus ejércitos están intactos y que sus hombres valen hoy más que hace un mes. Y agregan:

— Lo indispensable es durar. El triunfo final es seguro.

La actitud de M. Poincaré.

Burdeos, 13 de septiembre.

La muy noble y muy leal ciudad de Burdeos, capital de la República, no ha conseguido aún ver a su Presidente. El día de la llegada de los trenes oficiales vió un grupo de uniformes que rodeaban a una levita negra. Pero la barbilla rubia, que los madrileños conocen tanto, no alcanzó a verla. Y como Burdeos, a pesar de su encumbramiento inesperado, sigue siendo muy provinciano, abandona sus antiguos paseos de las Quinquonces y de Tourny, para pasearse ante el palacio de la rue Vital Carles que ahora abriga al jefe supremo del Estado.

Lo malo es que, si los bordeleses no han cambiado, la Policía sí. Los antiguos y paternos guardias, cuyo sable era un emblema de paz, han cedido el puesto a los agentes parisinos, que custodian con rostros de cancerberos la acera presidencial.

—*Passez au large*—murmuran entre sus bigotes estos centinelas corteses y severos.

Y la gente, la buena gente, pasa y repasa por el *tro-toir* de enfrente, sin lograr ver más que ventanas cerradas.

«El ministro de la Guerra — dicen los periódicos — irá hoy a visitar los cuarteles.»

O bien:

«El ministro de Estado hará una visita a Su Excelencia el embajador de Rusia.»

Pero esto no atrae público hacia el Cours Pasteur o hacia la calle Bardineau. Ver salir ministros no es nada. Lo que Burdeos quiere, lo que Burdeos pide, lo que Burdeos espera, es que el Presidente se digne dejarse ver.

Desde que comenzó la guerra, M. Poincaré parece haber cambiado por completo de carácter. ¿Dónde están los automóviles aquellos que salían a cada instante del Elíseo, llevando a Su Excelencia hacia todos los lugares en que había algo que ver, algo que inspeccionar, algo que bautizar, algo que inaugurar? ¿Dónde las recepciones magníficas en las cuales se realizaba, poco a poco, la reconciliación de los partidos extremos? ¿Dónde los viajes frecuentes a las ciudades cercanas o lejanas?...

Encerrado cual un fraile guerrero, ni sale ni recibe.

Y lo que es más grave, tampoco habla.

De los ministros, de los generales, de los senadores, de todos los que forman parte del Gobierno, se han publicado frases de aliento y de esperanza. Sin dejarse precisamente «interviewar», los *dirigeants* han hallado el modo de comunicar con el público por medio de la prensa. A falta de discursos, hemos tenido discretas indiscreciones.

Sólo Poincaré ha guardado un silencio impenetrable.

¿Qué piensa el Presidente? ¿Qué dice el Presidente? ¿Qué espera el Presidente?

Nadie lo sabe.

Y esto, que en M. Loubet o en M. Fallières no le habría chocado a nadie, en M. Poincaré desconcierta a muchos. Porque no hay que olvidar la aureola de autoritarismo personal que rodeaba la ilustre cabeza cuando

se llevaron a cabo las últimas elecciones. Según la opinión de los radicales-socialistas, el nuevo jefe de Estado no se contentaría, como sus predecesores, con ser una especie de icono mudo y solemne, cuya voz no se oyese nunca. ¡Qué digo! Puesto a mandar, mandaría de verdad, influiría en todo, lo dirigiría todo, se sobrepondría a todos. «Poincaré I» le llamaron algunos, viendo el placer que manifestaba, en los meses inaugurales de su periodo, en codearse con reyes y emperadores. Y en cuanto la guerra estalló, las miradas del país se volvieron hacia él interrogadoras. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué actitud iba a adoptar? ¿De qué manera tomaría a su cargo el mando supremo?

— Lo seguro — decía mucha gente — es que no se contentará con callar y firmar. Es un hombre que tiene carácter, un hombre que impondrá su voluntad, un hombre, en fin...

Un mes llevamos en pleno conflicto, y las esperanzas de los que querrían vivir bajo una dictadura personal, se han desvanecido como el humo. Ejerciendo su altísima influencia dentro de los límites constitucionales; siendo el primero por el talento y por el prestigio; gobernando, en fin, pero gobernando republicanamente, M. Poincaré ha dado al mundo la medida exacta de lo que es en momentos graves un jefe republicano. En nada se nota su voluntad personal. Nada revela en su conducta la más ligera veleidad de autoritarismo individualista. Ni una palabra ha salido de sus labios que no haya sido antes pesada en el Consejo de sus ministros. La admirable disciplina política de que Francia entera da ejemplo, él es quien, antes que todos, se la aplica a sí mismo. Una simple indicación del Estado Mayor ha bastado para que, abandonando su palacio de París, ven-

ga a instalarse en la Prefectura de Burdeos. Un voto del Congreso lo haría volver a la capital o ir más lejos, sin murmurar.

Y esto prueba que, realmente, es un hombre, además de ser un gran hombre, no como lo entendían ciertos admiradores suyos que lo conocían mal, sino como el país entero lo desea, como la situación de la República lo exige para su salud.

Es un hombre, sí. Es el hombre de Francia y el hombre de la democracia.

Por eso, modestamente, mientras los vecinos de su nueva metrópoli esperan verlo salir para tributarle homenajes entusiastas, se esconde; y mientras la burguesía de la nación entera desea oír su voz, se calla. En su nombre, los ministros hablan, los ministros salen, los ministros gobiernan.

Los que han leído un libro suyo titulado *Ce que demande la cité*, deben ahora recordar un capítulo sobre los derechos y los deberes de un presidente de la República. En aquellas páginas se ve ya al hombre que, hablando del más eminente funcionario del país, piensa en sí mismo. Pero claro está que esto no se descubre sino entre líneas. Con su fino concepto de la elegancia política, jamás ha sido de los que dejan sorprender los misterios de su alma. La víspera misma de ser ministro por la primera vez, allá cuando apenas tenía treinta años, decía a todo el mundo:

— Yo no me pertenezco a mí mismo; yo pertenezco a mis amigos.

Este sistema lo salvó en las elecciones. Todos sabemos, en efecto, que en escrutinio preliminar, en que sólo votaron los partidos avanzados, Pams obtuvo muchísimos más votos que su ilustre rival. Una Comisión de ex

presidentes del Consejo, presidida por Clemenceau, presentóse entonces ante Poincaré y, en nombre de la santa obediencia republicana, pidióle que retirase su candidatura.

— Comprendo — contestóles Poincaré — la razón de lo que me aconsejáis, y si sólo se tratara de mí, en el acto renunciaría a continuar mañana la lucha. Pero yo no me pertenezco a mí mismo. Pertenezco a mis amigos...

— Los políticos — contestóle Clemenceau — no tenemos más que enemigos.

Al día siguiente se vió lo contrario. Y poca importancia tuvo que los radicales gritaran por todas partes que sólo los votos de los reaccionarios habían logrado salvar al rival de Pams. En realidad, aquel día los reaccionarios encarnaron el alma popular. Porque si en el Parlamento podía haber vacilaciones para escoger a un favorito entre los varios señores que se disputaban los favores de Mariana, en el país no las había. Todos, fuera cual fuera el partido a que pertenecieran, deseaban a Poincaré.

Porque Poincaré, para los franceses, encarna las más nobles y más bellas virtudes de la raza. Poincaré es ponderado y atrevido, ambicioso y suave, sutil y franco, serio y risueño. Y por encima de todo, es patriota. Al sólo oírle hablar una vez, se nota que la patria es para él como un ser vivo y sensible cuyo destino le está encomendado. Con un tino filial, que entenece a los que le ven de cerca, sufre de las inquietudes de Francia y goza de los triunfos de Francia como de los de una madre. En sus labios las viejas frases de amor de la tierra natal no son fórmulas vanas. Cuando dice que por encima de los partidos está el país, dice lo que siente. Habiendo nacido en esas trágicas fronteras del Este que

desde hace más de mil años riega la sangre de las dos grandes razas rivales del centro de Europa, ha recibido, en la cuna, el bautismo sagrado de la pasión nacional. En los últimos meses, cuando la guerra apareció cual una realidad inevitable, su tranquilidad ante el peligro asombró al mundo. Véase que, aun deseando la paz, estaba preparado para la lucha. Por defender a su patria, daría sin vacilar su vida.

La importancia de la batalla.

14 de septiembre.

La noticia del día nos la da un diario alemán, el *Local Anzeiger*. «La batalla del Marne—dice—será la más formidable que el mundo habrá visto nunca. Contra veintitrés cuerpos de ejército alemanes lucharán exactamente veintitrés cuerpos de ejército franco-ingleses. Cuarenta y seis cuerpos de ejército, dos millones y medio de hombres; el porvenir de Europa saldrá de ese inverosímil choque.»

Excusado me parece agregar que cuando en Berlín se publicaban estas líneas, aun no se sabía el resultado de la inmensa lucha empeñada en las inmediaciones de París. Con su orgullo y con la conciencia de su poderío, los alemanes, que hasta entonces habían tenido en todas partes la superioridad numérica, creían que, aun en igualdad de fuerzas, les sería fácil conseguir la victoria que debía abrirles las puertas de la metrópoli y entregarles las fortalezas de la Champagne. Riendo a carcajadas, el 7 de septiembre, uno de los generales alemanes prisioneros exclamó:

— Estamos algo atrasados en nuestro itinerario... Según nuestros cálculos, desde hace más de dos semanas debiéramos hallarnos en la Avenida de los Campos Elíseos...

Nadie ignora, en efecto, que el gran Estado Mayor

de Berlín tenía trazada su marcha hacia París de un modo metódico, detallado y rápido. La rapidez era el primer elemento del éxito. Cuando el canciller Bethmann Hollweg hubo recibido de manos del embajador de Inglaterra el ultimátum relativo a la neutralidad de Bélgica, llamó por el teléfono al Emperador y le puso al corriente de la situación. De lo que se trataba era de saber si la violación de Bélgica valía la pena de provocar la cólera británica. Sin vacilar un momento, el Káiser contestó:

— Es preferible que la Gran Bretaña nos declare la guerra a renunciar a nuestro plan rápido y seguro del ataque brusco.

Este famoso ataque brusco, de que tanto se ha hablado, debía permitir a la masa enorme del ejército alemán pasar sobre el territorio francés como un alud y llegar a París del 15 al 20 de agosto. Una vez la capital tomada, el programa era el siguiente, según los periódicos franceses:

Captura del presidente Poincaré, de los ministros, de los embajadores de Inglaterra y Rusia, de los directores de Bancos y de los presidentes del Senado y el Congreso.

Embargo sobre el Banco de Francia.

Detención de un número importante de personalidades escogidas entre los políticos, los banqueros y los escritores enemigos de Alemania. La lista había sido hecha por la Embajada en París antes de la movilización.

Confiscación del Gran Libro de la Deuda pública, para obligar a los rentistas franceses a inclinarse ante todas las exigencias del enemigo y a pedir la paz.

Una vez París ocupado, un ejército de seiscientos

mil hombres de las reservas hubiera bastado para mantener el orden en el Este y el Norte, lo que permitía a Alemania llevarse precipitadamente sus veinticinco cuerpos de ejército de primera línea hacia sus fronteras orientales para deshacer las fuerzas rusas.

Según este plan, que indica el orgullo admirable y detestable del Emperador, los alemanes debían estar en San Petersburgo a fines de septiembre o mediados de octubre.

La batalla del Marne era la suprema maniobra del gran movimiento previsto por el Estado Mayor germánico. Y tan seguro estaba el Káiser de la victoria, que desde el día 6 había establecido su campamento en el Luxemburgo, y que en Berlín, en Colonia, en Hamburgo, en todo el país, no se esperaba sino un despacho lírico de S. M. para celebrar la victoria definitiva con músicas, cortejos, banquetes y discursos. Entre los papeles abandonados por el Estado Mayor en su retirada, más *brusca* aún que su ataque, hay documentos que demuestran con cuánta minuciosidad estaba todo preparado para tratar de producir en el mundo entero una impresión formidable. Un general tenía ya en su cuaderno de notas el borrador de la proclama que pensaba lanzar después del triunfo.

«Gracias al apoyo de Dios Todopoderoso — dice este fragmento de literatura épica —, gracias a nuestro Emperador, que es el padre de los ejércitos, gracias al heroísmo de la Alemania inmortal e invencible, la jornada de hoy nos da la victoria definitiva tal cual teníamos derecho a esperarla y a desearla, para sentirnos dignos hijos de los paladines que han creado y mantenido nuestra gloria. Ante la enormidad de la lucha que acabamos de ganar, y en la cual se han encontrado frente a frente

los mayores ejércitos que jamás vieron los mortales reunidos, el corazón germano se siente transportado de noble orgullo y la Historia inscribe ya en su mármol esta fecha, que hace palidecer a todas las que hasta hoy han brillado con resplandores de apoteosis.»

Cuando leemos esto, pensando que quien lo escribía hace ocho días huye ahora a la cabeza de las tropas que le quedan, la ironía de la suerte nos obliga a sonreír. Porque si se puede sentir una inmensa piedad hacia los soldados que pelean sin saber por qué, y si se debe experimentar una respetuosa pena al pensar en el derrumbamiento de los sueños del Emperador, en cambio esos jefes vanidosos, crueles, duros, rudos y groseros, que conducen sus regimientos como rebaños, no merecen sino odio cuando vencen, escarnio cuando son vencidos.

Los periódicos franceses nos hablan a cada instante de la conducta de los oficiales prisioneros. El mayor insulto que se les puede hacer es obligarles a viajar o a dormir mezclados con sus soldados. Aun en la adversidad, aun en la humillación, conservan el desprecio del oficial por el simple hombre de tropa, del ser superior por el paria de la guerra. Más de una vez los prefectos de Poitiers, de Toulouse, de otros sitios, han tenido que intervenir con energía para impedir que los oficiales germanos maltraten a sus soldados, prisioneros como ellos.

— ¡La disciplina! — exclaman para excusarse.

Y viendo la familiaridad que existe en Francia, murmuran:

— No tienen disciplina.

Disciplina hecha de altivez, de jerarquía, de espíritu de casta, no, seguramente no la tienen. Los jefes, en

Francia, son los compañeros de los hombres. En los cafés, un comandante no tiene inconveniente en sentarse en la mesa de un cabo. En vez de decir, como los alemanes, *mis gentes*, los generales franceses dicen *mes enfants*, mis hijos.

Y la prueba de que esto no es tan peligroso como lo creen los adoradores de todo lo *kolosal* y de todo lo rígido, es que en cuanto se han encontrado veintitrés cuerpos de ejército contra otros veintitrés cuerpos de ejército, no han sido los del orgullo, los de la crueldad, los de la disciplina de hierro, los que han triunfado, sino los otros, los que van a la batalla cantando, los que no marchan cual autómatas, los que no soportan que un oficial les trate a puntapiés, los soldados ciudadanos, en fin.

Lo que dice el general French.

15 de septiembre.

Por primera vez en la Historia, los ingleses hablan más que los franceses. Todos los detalles de la campaña los conocemos gracias a la prensa de Londres. Los periódicos de París no dicen nada; nunca nada. El mismo Clemenceau, que en un principio gritaba contra este sistema, ahora se resigna al silencio.

— *Il le faut* — asegura.

Y aunque nadie sabe por qué es necesario ocultar lo que pasó hace ocho días, lo que ya pertenece a la Historia, lo que en nada puede constituir una indiscreción militar, la gente no protesta. *Il le faut*, murmura Francia entera. La verdad es que Joffre, *el Taciturno*, ha impuesto su método de mutismo al país. Pero, por fortuna, French, aunque inglés, se muestra comunicativo y dirige a su Gobierno largos despachos, en los cuales refiere algo de lo que acontece. Un suplemento de la *Gaceta de Londres* publica hoy estos despachos, que constituyen una verdadera crónica de la guerra durante los últimos veinte días, o sea desde que las grandes batallas comenzaron.

El 21 de agosto, el transporte y la concentración del ejército inglés en territorio francés estaban terminados. ¿Cuántos batallones constituían este ejército? No lo sabemos. El general French no habla de sus tropas sino de

un modo vago, sin dar indicaciones sobre su formación. Supongamos que se trate de 150.000 hombres, como se cree en general. El día 22 este ejército ocupaba una línea desde el Canal de Condé hasta Mons, y se disponía a esperar de pie firme a los dos cuerpos alemanes que habían sido señalados en las inmediaciones. Lo malo es que, a última hora, se supo que no eran dos, sino cuatro, los cuerpos alemanes. Entonces los ingleses retrocedieron, buscando un terreno propicio, hasta la comarca de Maubeuge y Valenciennes. Durante toda la noche que duró la retirada, los germanos atacaron a los soldados de French, tratando de envolver su ala izquierda y de sitiario cerca de Maubeuge. El 25, al amanecer, después de una resistencia paciente, los ingleses buscaron una nueva línea, defendida por el río Somme, en las cercanías de Guisa, con objeto de descansar de sus fatigas y de organizarse definitivamente, uniéndose a los franceses. Sin dejarles tiempo para atrincherarse, los alemanes los atacaron el 26, y el general Smith Dorrien, que mandaba dos divisiones, comprendió que le sería imposible soportar el choque de la artillería enemiga, muy superior en número a la suya.

«Era evidentísimo — escribe French — que, para evitar pérdidas serias, había que replegarse aún más. El movimiento fué ejecutado bajo la protección de los cañones y de la caballería, que completó la difícil operación. La retirada continuó el 27 y 28, hasta que hicimos alto en la línea Noyon, Chauny, La Fère, después de desembarazarnos en gran parte de nuestros perseguidores.»

Los franceses ayudaron a sus aliados en esta maniobra salvadora, cubriendo su ala derecha, amenazada por fuerzas enormes. Cinco aeroplanos, que bombardeaban

a los ingleses, fueron destruídos por los artilleros franceses.

Ya en La Fère, el general de las fuerzas británicas escribe:

«Nuestro cuerpo expedicionario se ha conformado a los movimientos generales de las fuerzas francesas, obrando en armonía con las concepciones estratégicas del Estado Mayor. Desde la batalla de Cambrai, el 26 de agosto, en la cual las tropas inglesas protegieron con éxito el ala izquierda francesa contra un movimiento envolvente terrible apoyado por fuerzas muy superiores, el séptimo ejército francés opera a nuestra izquierda en combinación con el quinto ejército, que se halla a nuestra derecha, lo que ha aliviado mucho a nuestras fuerzas del empuje enemigo. El quinto ejército francés, especialmente, se lanzó el 29 hacia el frente del Oise para detener la marcha alemana, y dió una gran batalla al sur de Guisa. En esta batalla el quinto ejército consiguió una victoria brillantísima, rechazando con grandes pérdidas tres cuerpos de ejército: el décimo, el de la Guardia prusiana y uno de reserva, que retrocedieron en completo desorden. Creemos que el jefe del décimo cuerpo enemigo se halla entre los muertos. A pesar de este triunfo y de todas las ventajas consiguientes, nuestra retirada general hacia el Sur ha continuado, y los alemanes buscan de un modo visible el atacar a las tropas británicas, lo que las hace estar en contacto con nuestra retaguardia. El 30 y el 31 nuestras fuerzas de *couverture* han luchado frecuentemente, y el 1.º de septiembre un esfuerzo enorme fué hecho por el enemigo, que nos presentó un combate cerca de Compiègne. Este combate fué sostenido por la primera brigada de caballería y la cuarta de guardias, y resultó satisfactorio para

nuestras tropas. Los alemanes se detuvieron, después de sufrir serias pérdidas y de perder 10 cañones. La gloria de este combate es para la Guardia británica. Después, nuestras tropas no han sido molestadas. El miércoles, 2, fué el primer día de reposo.»

Hablando luego de las batallas francesas, el general French escribe:

«Se han dado batallas que en otras guerras hubieran sido consideradas como combates de primera importancia; pero en la actual, esas acciones no son sino episodios secundarios que se pierden en el conjunto de la campaña.»

El general French habla luego de las virtudes guerreras de los franceses y de los ingleses, comparándolas con las de los alemanes.

«No hay duda — dice — que nuestros hombres han dado pruebas de una superioridad personal sobre los alemanes, y puede asegurarse que, en número igual y aun algo inferior, el resultado de los encuentros no sería nunca dudoso. El tiro de la infantería alemana es mediocre, mientras el nuestro diezma las columnas que se le ponen enfrente. La inteligencia táctica es también inferior en los alemanes. En cuanto a nuestra caballería, su superioridad sobre la de los enemigos es patente.»

Al final de su despacho, el generalísimo inglés se refiere a la batalla que comenzó el 7, al norte de París, y que continúa a estas horas con la retirada de los alemanes.

«El ejército alemán — escribe — se encuentra así: el primer ejército, entre La Forté-sous-Jouarre y Essises Viffort; el segundo, cerca de Château Thierry, al este de la ciudad; el cuarto, al oeste de Argonne. Los alemanes llegaron a estos puntos el día 3. El séptimo ejér-

cito alemán ha sido rechazado por sólo un cuerpo de ejército francés cerca de Einville. Resulta, pues, que el movimiento envolvente dirigido contra el ala izquierda francesa ha sido abandonado, sea porque ya no pueden continuar extendiendo sus líneas, sea por otras causas.»

En suma: un segundo acto del gran drama ha comenzado a representarse el 7, cuando el general Joffre se encontró en las posiciones que, de acuerdo con el general French, fueron escogidas desde el día en que, notando la superioridad numérica del ejército alemán, decidió-ronse por la retirada. En los ocho días que llevamos ante esta nueva faz de la campaña, la suerte de las armas parece haber cambiado por completo. Según el seco boletín oficial publicado hoy, 15, los alemanes han retrocedido ya más de 80 kilómetros, perdiendo muchos millares de hombres, muchos cañones y hasta muchas banderas.

¿Qué pasará mañana?

Si el general French no nos lo dice, no lo sabremos. Porque Joffre, *el Taciturno*, a pesar de ser meridional, está dispuesto, según se ve, a hablar menos que un inglés.

Un cambio en la guerra.

17 de septiembre.

La primera gran batalla la hemos ganado nosotros. Nosotros, los que escribimos en todas partes del mundo; nosotros, los que, armados de todas las armas de la verdad, luchamos por la justicia, hemos conseguido sitiar tan estrechamente el orgullo alemán, que ya comenzamos a hacerlo capitular. El mismo heredero del Canciller de Hierro, hasta ayer tan altivo cual aquellos atamanes cosacos que aseguraban no oír los sollozos de los pueblos pasados a cuchillo, se humaniza hoy, al punto de disculparse ante el pueblo norteamericano.

«Se asegura a vuestros ciudadanos —dice el canciller, hablando en nombre de Guillermo II, a la prensa de Nueva York— que las tropas alemanas han incendiado ciudades y aldeas en Bélgica; pero se calla que las muchachas belgas les sacaban los ojos en los campos de batalla a los indefensos heridos alemanes; que los funcionarios belgas han invitado a nuestros oficiales a comer y los han matado a tiros; que se ha excitado a toda la población civil belga, que antes nos acogía amistosamente, a matar por detrás a nuestros soldados; que las mujeres belgas han degollado a los soldados en sus propios hogares.»

Claro que podría contestarse al canciller: ¿Pero qué hacían en esos hogares vuestros guerreros? Por condu-

cirse como las ardientes flamencas, las Déboras y las Judiths de antaño fueron santificadas por vuestra religión. Ante el invasor que, sin ser provocado, ataca a un país débil, incapaz de defenderse con las armas en pleno campo de batalla, la moral pública excusa las crueldades, los excesos, las violencias, las traiciones mismas. La leyenda está llena de sombras venerables que no pelearon cuerpo a cuerpo, sino que esperaron al enemigo en emboscadas, para herirlo. Y es que el sentimiento de la patria, el sentimiento de la independencia, el sentimiento del honor, justifican los más atroces medios de defensa. Lo que seis millones de belgas tienen derecho a hacer cuando son aplastados por setenta millones de alemanes, los setenta millones de alemanes no pueden permitírselo contra seis millones de belgas. La fuerza *prima* del Derecho—decía Bismarck—. La fuerza tiene, empero, deberes imprescriptibles, sobre todo cuando su superioridad es tan inmensa que aun en el triunfo se deshonorra.

Mas ¿a qué tratar de buscar razones para excusar al heroico país de Flandes? Con austera dignidad, el rey Alberto se ha contentado con telegrafiar, después de leer el despacho del canciller alemán:

—Doy mi palabra de soldado y de soberano de que todo eso es falso.

Y, en efecto, basta con recordar el primer acto de la tragedia para comprender que no dice la verdad quien pretende que las matanzas y los incendios han sido provocados por los belgas. ¿Qué habían hecho éstos cuando, sorprendidos en Visé, en plena frontera, por el alud enemigo, vieron sus granjas quemadas?

No, los crímenes militares no tienen excusa.

Mas ahora no se trata de crímenes, sino de arrepenti-

miento. Despertando de pronto de su sueño de sangre, la nación que no sólo es cuna de von der Goltz, sino también de Goethe, parece, al fin, sentir el peso de los horrores de esta guerra. «Mis ojos se llenan de lágrimas — escribe el Emperador al presidente Wilson — cuando pienso en las víctimas civiles de Lovaina.»

El incendio de la noble y bella ciudad universitaria, cuya destrucción llora la Humanidad entera, parece haber sido lo que hizo comprender a la vieja Germania lo espantoso de la conducta de algunos de sus soldados. Para explicar lo inexplicable, la *Gaceta de los Vosgos* publica la nota siguiente:

«En los momentos en que las tropas de Amberes ejecutaban una salida, los habitantes de Lovaina, hasta entonces tranquilos, salieron a sus ventanas y atacaron a tiros a las columnas alemanas, que no esperaban tal agresión. Hubo una terrible lucha, en la cual tomó parte toda la ciudad. Nuestros soldados lograron en un instante sofocar el movimiento del pueblo desencadenado. El derecho de legítima defensa exigía un castigo despiadado, y puede ser que ahora las riquezas artísticas de Lovaina ya no existan. Hay que deplorarlo, pero no era posible impedirlo. Nuestros soldados son buenos muchachos, de carácter generoso; pero cuando la población belga se obstina en las emboscadas péfidas, y cuando los nuestros ven a sus compañeros caer bajo cataratas de aceite hirviendo, nuestras tropas se sienten presas de cólera y no dejan piedra sobre piedra. Combatimos por nuestra existencia en una guerra sagrada. Por lo demás, no puede dudarse de que el levantamiento de Lovaina fuera organizado oficialmente.»

Los términos de esta nota son duros, hirientes, feudales y bárbaros. Eso de «pueblo desencadenado», eso

de «no dejar piedra sobre piedra», eso de «castigo despiadado», tiene más sabor a guerra de hunos que a campaña moderna. Si España hubiera hablado algún día así, los profesores de Heidelberg guardarían como una muestra de salvajismo moro sus palabras. Pero no hay que dejarse impresionar por el estilo teutónico, que, en escultura como en literatura, es «kolosal» y medioeval. Bajo la grosería de las excusas se percibe la inquietud, y bajo la inquietud se vislumbra ya el remordimiento.

La prueba de ello es que ha bastado que los Estados Unidos, cuya voz es la única que Alemania parece oír con respeto, proclamen su indignación ante los horrores de Lovaina, para que se sienta un cambio radical en los métodos del ejército alemán. En el norte de Francia, en efecto, no ha habido en estos últimos días la menor atrocidad. Rindiendo justicia a sus enemigos, M. Aimé Goubet, consejero general del Paso de Calais y presidente de una Comisión de requisiciones militares, escribe en un diario de Rouen: «¿Por qué abandonar las ciudades amenazadas por los alemanes? Es, sin duda, por el recuerdo de los horrores de que Bélgica ha sido teatro. Pues bien: puedo aseguraros que tales hechos no se han reproducido en el norte de Francia, que yo acabo de visitar. No ha habido incendios de edificios ni de casas provocados con un objeto de destruir por destruir, como en Bélgica. Todas las requisiciones de pan, carne, etc., han sido pagadas al contado. En una aldea tomaron tres bicicletas en una tienda cuyo propietario se hallaba ausente, y pidieron que el alcalde las valuase. Se nota que tienen miedo de que se dispare contra ellos desde las ventanas. Puede muy bien ser que hayan cometido violencias en otros sitios; pero, por mi parte, debo reconocer que en la vasta región

que acabo de recorrer no han hecho nada reprehensible.»

El mismo *Eclair*, de París, que no tiene nada de suave para con los alemanes, dice hoy:

«Las abominaciones que marcaron los primeros pasos del enemigo en Alsacia y en Bélgica parecen no renovarse.»

Es cierto. Desde hace más de una semana, la crónica, antes diaria, de las «atrocidades» ha desaparecido de los periódicos franceses e ingleses. Se habla de matanzas y de incendios como de hechos históricos, no como de hechos del día. Ni Luneville ni Lille han sufrido como sufrieron las poblaciones flamencas. El resplandor de las llamas de Lovaina ha iluminado la mente oscura del militarismo, y así puede decirse que, en su martirio, la noble ciudad universitaria ha salvado a muchos miles de criaturas.

La ironía de las predicciones alemanas.

19 de septiembre.

En los momentos actuales en que el *Vorwaerts*, de Berlín, comienza ya a hablar de la ruina de las ilusiones germánicas, no hay lectura tan melancólicamente irónica como la de los libros escritos hasta hace poco por los militares prusianos. Fuera del famoso autor de *¿Fena o Sedán?*, que está considerado en su patria cual un traidor, y del mariscal von Bernhardt, que en su obra magistral sobre la guerra moderna declara con noble franqueza que en las circunstancias actuales de Europa nadie puede estar seguro de un triunfo, los demás cultivadores de la literatura militar y profética parecían convencidos de la victoria, de todas las victorias, de las victorias diplomáticas lo mismo que de las victorias guerreras.

«Porque venció en 1870—dice Novicov—, Alemania cree que debe vencer hasta el fin del mundo, y pone toda su fe en la fuerza.»

Esta fuerza, que los poetas han magnificado, que los filósofos han canonizado, era, en lo más grave como en lo más nimio, el eterno punto de apoyo de la mentalidad y de la vitalidad tudesca. En ella estaban basados sus cálculos, sus esperanzas y su fe.

Pocos meses antes de estallar la guerra actual, un ilustre profesor berlinés, Sommerfeld, publicó un libro

titulado *Frankreich Ende*, en el cual, previendo ya el conflicto que la política austriaca hacía inevitable, trataba de mostrar a sus compatriotas el cuadro de «lo que tenía que pasar un día próximo». En el capítulo dedicado a la «parte diplomática del asunto», Sommerfeld arregla las cosas de un modo optimista. Rusia, según él, debilitada y aleccionada por los japoneses, conserva su actitud neutra. En cuanto a Inglaterra, con su tradicional conducta realista y práctica, no se atreve a arriesgar su porvenir en una partida aventurada. En suma, las fuerzas de la Triple Entente quedan reducidas a Francia. Y de esta nación el profesor alemán dice:

«Cegada por la indulgencia alemana, a quien debe Marruecos, multiplica sus ofensas.»

En cuanto a la Triple Alianza, no sólo es un grupo indestructible de energías, sino que cuenta con numerosos satélites.

«Austria, gracias a un Tratado secreto, se ha unido a Montenegro, ofreciéndole la Albania y el Epiro. Después de la campaña balcánica, los pueblos de esas comarcas han entrado como un solo hombre en la esfera tripliciana. Las victorias italianas en Tripolitania nos hacen dueños del Mediterráneo. España también, unida a nuestro grupo, se ha convertido en una gran potencia, gracias al oro que recibe, y que era lo que le faltaba.»

Todo esto, los franceses, «cegados por la indulgencia alemana», no lo ven en el momento en que el conflicto estalla. Este momento helo aquí:

«Muy leal, el Reichstag ha declarado la guerra sin perder un minuto. El Parlamento vienés se ha unido por un voto unánime. En Roma, la mayoría ha sido de dos terceras partes del Congreso. Entretanto, San Peters-

burgo y Londres callan, dispuestos a proclamar la neutralidad en cuanto las tropas alemanas hayan entrado en Nancy.»

¿Y cuántos días creéis que necesitan las tropas del Káiser para conseguir este primer triunfo? Según Sommerfeld, dos: ni uno más. Una vez en la capital de la Lorena, el resto de la campaña es una pura maniobra militar. En un par de semanas se apoderan de Verdun, a pesar de sus fortalezas; entran en Neufchateau, para que el Káiser pueda llamarse de nuevo, como sus abuelos, «conde de Neufchateau», y toman Belfort. Belfort es lo único que cuesta algún esfuerzo. Los herederos del bravo coronel Denfer Rochereau, que en 1870 no se rindió nunca, defienden la plaza desesperadamente. Los obuseros de sitio acaban, al fin, por destruir sus murallas, y el asalto es épico. De ahí a Besançon no hay sino un paso, un paso de parada. Dijon trata de resistir, pero es en vano. Un «zeppelin» y dos «parsival» incendian la ciudad, cuyos habitantes huyen despavoridos. Ante Lyon, metrópoli de las sederías, los soldados de Guillermo II asisten a un espectáculo formidable: los obreros, todos antimilitaristas, atacan a los soldados franceses que se esconden en las cuevas. Un ejército trata de organizarse, pero la multitud lo lapida entre grandes risas anarquistas. Al cabo de seis días, los germanos, por irrisión, conceden a esos pobres militares los honores de la guerra y los dejan retirarse para que vayan a contar sus desventuras a París o a Marsella.

Al mismo tiempo, los italianos trasponen el Viso y el Mont-Cenis sin ser vistos, y llegan a Briançon cuando nadie los espera. De ahí pasan, a saltos, a Chambéry y a Grenoble, mientras sus tropas coloniales invaden, ayudadas por los árabes, Túnez y Argelia.

En el mar las operaciones corren parejas con las de tierra. Las escuadras italo-austriacas minan el Estrecho de Gibraltar y el Canal de Suez, capturando de paso a la armada francesa. Ante Tolón, una batalla terrible le cuesta a Francia, no sólo el resto de su marina, sino también su litoral de la Costa Azul. El comandante de la plaza, «inútilmente heroico a la manera francesa», se hace saltar en un fuerte, con todas sus tropas.

En Orleans, alemanes e italianos, dueños del Mediodía, se unen para marchar contra París. Una gran batalla, en la cual Francia empeña sus últimas tropas, que sucumben con arrojo vano «cantando coplas», abre la ruta de la capital a los adalides de la Triple Alianza. El presidente Poincaré huye en un aeroplano, mientras los revolucionarios socialistas proclaman la *Commune*.

El momento de firmar la paz ha llegado. Es la hora de la muerte de un gran país, que ha dado al mundo algo de lo más noble, de lo más refinado, de lo más profundo, de lo más generoso que existe en nuestra civilización moderna. El profesor berlinés no se conmueve ante tal ruina, no llora ante tal desastre. En nombre de la fuerza alemana, termina su obra con una alegría feroz.

«Los franceses—dice—habían alarmado a Europa durante muchos siglos con sus ideas y sus apetitos. Su nombre mismo debe desaparecer, como lo juzga el Congreso reunido en Zurich. Este Congreso da a Alemania, además de las colonias, todo el territorio situado al norte del Garona, con excepción del Artois y de la Picardía, que Inglaterra recibe como premio de su neutralidad. Italia toma el resto. A Rusia se le conceden amplios derechos en Asia, y España hereda de Marruecos.»

Hace un mes, cuando los germanos destruían Lovaina y bombardeaban Nancy, estas predicciones podían, sin duda, causar, por su cruel frialdad, una impresión de dolor indignado. En su dureza, en su orgullo, en su insolencia, el profesor Sommerfeld era como un símbolo vivo del pensamiento alemán. La fuerza parecía servir su causa.

Pero hoy, que los campos del Oise y del Marne son un vasto cementerio tudesco; hoy, que Berlín mismo tiembla, las palabras del autor de *Frankreichs Ende* tienen algo de tristemente grotescas. El ideal de hierro ha sido arruinado por un ideal de libertad y de justicia.

Y lo más lamentable, lo más trágico, es que si Francia, aun destruída, hubiera podido siempre conservar en el mundo un prestigio doloroso, Alemania, aun intacta, apenas existirá en cuanto su espada haya sido rota en mil pedazos.

El alma afligida del Káiser.

20 de septiembre.

Más que los boletines de victoria, más que los cortejos de prisioneros que se encaminan hacia Poitiers, más que las banderas y cañones perdidos por el enemigo, lo que da la medida exacta de la importancia de la batalla de estos últimos días son las proclamas de los generales de uno y otro ejército. Como si se hubieran puesto de acuerdo, en efecto, a la misma hora en que Joffre decía a los franceses: «De la lucha que vamos a emprender depende la salvación del país», Tullf von Tschepe und Weidenback escribió las palabras siguientes: «Mañana, la totalidad de nuestras fuerzas serán empeñadas en toda la línea Verdun-París, para salvar el honor y el bienestar de Alemania. Todo depende del resultado de esta jornada.» Lo que esta jornada ha sido, el mundo entero lo sabe ya. Retirándose en desorden, abandonando batallones enteros, no pudiendo llevarse ni sus famosos obuseros, los mismos soldados que, ocho días antes, imponían un movimiento continuo de retroceso a sus adversarios, precipítanse ahora hacia la frontera del Norte. En el cuartel general de Montmirail, según los partes oficiales, el Estado Mayor germánico ha tenido que dejar hasta los archivos de guerra. «Los alemanes — dice un despacho inglés — se rinden en cuanto se hallan ante los franceses, y si a esto se agrega que muchos están